

**HAGAMOS UN
PLAN DE LECTURAS**

HISTORIAS PARA JÓVENES

**Plan
nacional
de lecturas**

**Plan
provincial
de lecturas**

Hagamos un Plan de Lecturas : historias para jóvenes / Esteban Feyling ... [et al.] ;
ilustrado por Florencia Peña ... [et al.], - 1a edición especial - Formosa, 2023.
117 p. : il. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-631-00-1808-9

I. Antología de Cuentos. I. Feyling, Esteban. II. Peña, Florencia, ilus.
CDDA863.9283

ISBN 978-631-00-1808-9



9 786310 018089

**Plan
nacional
de lecturas**



HAGAMOS UN PLAN DE LECTURAS: HISTORIAS PARA JÓVENES

**MINISTERIO
DE CULTURA
Y EDUCACIÓN**



**GOBIERNO
DE FORMOSA**

PRESENTACIÓN

*“Parecen dibujos,
pero dentro de las letras están las voces.
Cada página es una caja infinita de voces”.*
Mía Couto, Trilogía de Mozambique

Este libro que presentamos desde el Plan de Lecturas Formosa surge de una convocatoria realizada a escritores que aceptaron el desafío de escribir para jóvenes.

Escritores de distintas edades y lugares se sumaron al convite, enviaron sus historias que fueron leídas no solo por el equipo del Plan de Lecturas, sino también por el escritor Orlando Van Bredam.

Los relatos que integran este volumen pertenecen a escritores locales de diversas latitudes de nuestro vasto territorio y están bellamente ilustrados por artistas también de nuestro suelo, porque educar la sensibilidad implica adentrar-

nos en el terreno de todas las expresiones del arte.

Esta primera antología intenta ser el inicio de más voces e imágenes que se sumen a compartir la palabra para hablar, como dice Orlando Van Bredam, de las cosas que nos pasan, a partir de la literatura.

Los mediadores cumplirán un rol central en poner la voz y poner el cuerpo para que estas historias cobren vida en las aulas y para que inviten a otras lecturas.

El nacimiento de un libro es, sin lugar a dudas una semilla, la semilla que germinó desde el deseo de leer que luego se torna deseo de escribir. Puesto que siempre los grandes escritores devienen de grandes lectores y eso queremos, queremos que la palabra circule en todas sus formas, partiendo del encuentro comunitario, pero también íntimo con las letras.

EL REY TESTARUDO

El señor Rodríguez se disponía a evitar la inminente derrota de su rey.

Algunas cosas lo distraían: los dedos tercos y amenazantes de Cristian -su adversario-, el caleidoscópico cuadrillé del vestido de su esposa y su ajetreo con el repasador, el impersonal tablero de ajedrez, el brillo titilante de un tornillo y el lejano olor a empanadas, el arranque de algún automóvil estacionado, los gritos callejeros... la pálida textura de la corona del rey.

Toda esa interferencia lo transportaba a sensaciones molestas que experimentaba sin comprender, como algo confuso que lo invadía al momento de razonar la jugada. Entre tics, lograba concentrarse y sentía orgullo de su pequeño triunfo sobre la emoción. Entonces suspiraba con una sonrisa pedante.

En ese instante Cristian perdía toda compasión por el señor Rodríguez y veía cómo sus piezas (las del señor Rodríguez) se iban transformando: la reina en una enana poco lucida y siniestra que no era consciente de sus poderes; la torre, en un fofu ebrio; el rey, en un quijote desamparado, testarudo y malhumorado.

El señor Rodríguez adivinaba cierta risa irónica en el ojo de Cristian.

Tenía que mover y se preguntaba por qué el rey daba pasos tan lentos. Lo fastidiaba. Para él, perder era una fatalidad, algo que no aceptaba desde lugares más ocultos que el pensamiento consciente. Simplemente sentía (entre emociones confusas) que su ubicación privilegiada dentro de la especie humana, le daría el triunfo sin objeciones y sin esfuerzos. A estas ideas que afloraban espontáneamente como su forma de ser, las vivía sin cuestionar ni analizar, como si fuesen algo genético.

Cristian veía a su contrincante como un carcamán con pretensiones de brillo aristocrático. Un hombre inexpresivamente sórdido y de sonrisa mecánica. No lo imaginaba acariciando la hoja de una planta, bailando o conmovido por el dibujo de un niño.

El señor Rodríguez tiene que mover alguna pieza y eso hace. Sin pensar, elige y mueve, seguido de algunos tics. Cristian sonríe con aflicción, mientras evalúa el panorama del tablero y a Rodríguez, quien parece contraerse con temor, aunque recupere su seca expresión y su testaruda calma.

¿Qué hacer? Lo inevitable era que Cristian acorralara definitivamente al rey de Rodríguez. Al fin y al cabo, perder una partida de ajedrez no modifica la vida de nadie y menos la de Rodríguez, pensaba. Pero no era parte de su estrategia humillar a Rodríguez, más bien prefería ganar su simpatía.

Finalmente, Cristian se decide por el jaque, cuando a la esposa de Rodríguez se le escapa el repasador volteando la copa con agua sobre el tablero y desplazando las piezas en forma de abanico, sobre la mesa. La copa se rompe, el tablero se moja y varias piezas caen al suelo. Algunos peones y un alfil, ruedan debajo de un mueble, la cocina y la heladera. El rey en cuestión, como lo marcaba su destino, cayó sin ser humillado ante el jaque mate. Pero cayó. Estaba en el piso y no de pie.

Rodríguez, enojado ante tal descuido, se irritó y protestó como si le hubiesen arrebatado el triunfo. O como si ya fuese imposible reconstruir la jugada.

Pero en realidad, entre vidrios rotos, el tablero mojado, la mujer pasando el trapo de piso y buscando la cabeza rota del rey que se había partido, todo el panorama indicaba que el juego ya había concluido y que había algo que era más impor-

tante: limpiar.

Ambos, entre gestos afectados y una amabilidad poco sincera, acuerdan que les da lo mismo perder o ganar y que más importante es jugar, compartir un momento. Dadas las circunstancias, Rodríguez dice que prefiere optar por lo más justo para ambos y declara un empate. Cristian lo acepta con una sonrisa opaca y entre cavilaciones piensa: “Parece una torre fofa, poco lucida y malhumorada, que no es consciente de que si se animara a perder una efímera partida de ajedrez, algo ganaría en su vida”.

Y sin querer, Cristian pisa la cabeza del rey, que la mujer recoge para reparar.

El señor Rodríguez, con alegre cortesía se despide y se va a su cuarto.

Esteban Feyling



Ilustración: Florencia Peña

Esteban Guillermo Feyling: Licenciado en Artes. Restaurador en HCDN. Nació en la ciudad de La Plata, donde pasó la primera etapa de vida. A los diez años, vino a vivir a la ciudad de Formosa con su familia.

Finalizado el colegio secundario, regresó a La Plata para estudiar en la Facultad de Artes, de donde egresó como Licenciado en escultura. Actualmente, trabaja en restauración de patrimonio cultural.

Su afición por la escritura fue transmitida por su madre a edad temprana. En primer año del secundario participó de un concurso literario, en el que obtuvo una mención. Esos estímulos, seguramente fueron los que hicieron que a lo largo de la vida haya hecho uso de la escritura, para esclarecer ideas, y dar vida a fantasías.

No tuvo una formación específica como escritor, sólo lo relacionado al aprendizaje convencional. Asistió a un taller virtual de narración de cuentos cortos dictado por Sandra Russo. Además, participó de un seminario de guion de historietas, clases dictadas por Diego Agrimbau.

Florencia Peña: Artista plástica y profesora en Artes Visuales. Nació en el año 1994 en la provincia de Formosa. Desde

muy pequeña manifestó interés por la actividad artística.

Durante la adolescencia fue incursionando en diversas disciplinas, desde el dibujo, la pintura y el modelado, el cual le permitió llevar a cabo su primer emprendimiento realizando manualidades en porcelana fría. En el año 2012 inició el profesorado en Artes Visuales en el Instituto Superior de Artes en la ciudad de Formosa. Durante los años de estudio pudo formarse en el muralismo, abriendo puertas a participar de diversos encuentros organizados en las provincias de Formosa, Corrientes, Buenos Aires y en la República de Paraguay. En la actualidad trabaja como muralista de manera particular, posee un emprendimiento de mates artesanales y se desenvuelve como profesora en Artes en la escuela Evangélica Privada Juan E. Dring.

VIAJE EN BOLSA

La noche en que la extraña embarcación salió del puerto no había ni una mancha gris en el cielo, las estrellas salpicaban el reflejo del agua inquieta y a la distancia sólo se escuchaba alguno que otro tero madrugador.

Allí iba la niña, envuelta como una oruga negra, que iniciaba su viaje sin mapas ni capitán, en su barco de bolsa, solita, por el río Paraguay. El viento le silbaba de a ratos sus guaranias y polquitas y los camalotes le servían de cama cuando el sueño la adormecía.

Por momentos el viaje se hacía largo, y por otros el tiempo se detenía. Todo se volvía eterno, y la niña arrugada entre sus piernas imaginaba ser un pez. Otras veces, el bote improvisado era atrapado por la corriente, se sumergía con furia y terminaba en el fondo de aquellas aguas, meciéndose como las campanas de la catedral. Desde lo hondo, unas pequeñas burbujas llegaban a la superficie, explotaban en el aire y de ellas saltaban unos gritos finitos que se perdían con las sirenas de los navíos mercantes, en el tráfico de la nocturnidad.

Así, los días iban y venían junto con el sol y su calor, mientras que la luna ya había alumbrado diez veces para cuando la niña llegó a su destino. Un anciano pescador la recibió esa noche, asombrado de encontrarse con la inusual embarcación.

El bote de plástico brillaba rodeado de jacintos de agua. A su lado, un pitogüé desenredaba los yuyos atorados y una pareja de luciérnagas vinieron para alumbrarle y hacerle compañía. En la orilla un montón de faroles y linternas se acercaron formando un horizonte de personas que llegaban de todas partes, entre curiosas y sorprendidas.

Una decena de uniformados se acercó a saludar. Un hombre con ropa azul abrió la bolsa, cauteloso, intentando descubrir quién se encontraba en el interior. Enseguida vio a la niña dormida, la llamó insistente, mil veces, pero ella soñaba tan profundo que no pudo despertar jamás.

Todas las noches aún se escuchan gritos finitos que llegan desde el río, sorprendiendo a los viajeros, a los chiperos del puerto y a todos los niños valientes que procuran jugar solos cerca del agua, sin la compañía de sus mamás.

María Florencia Luján

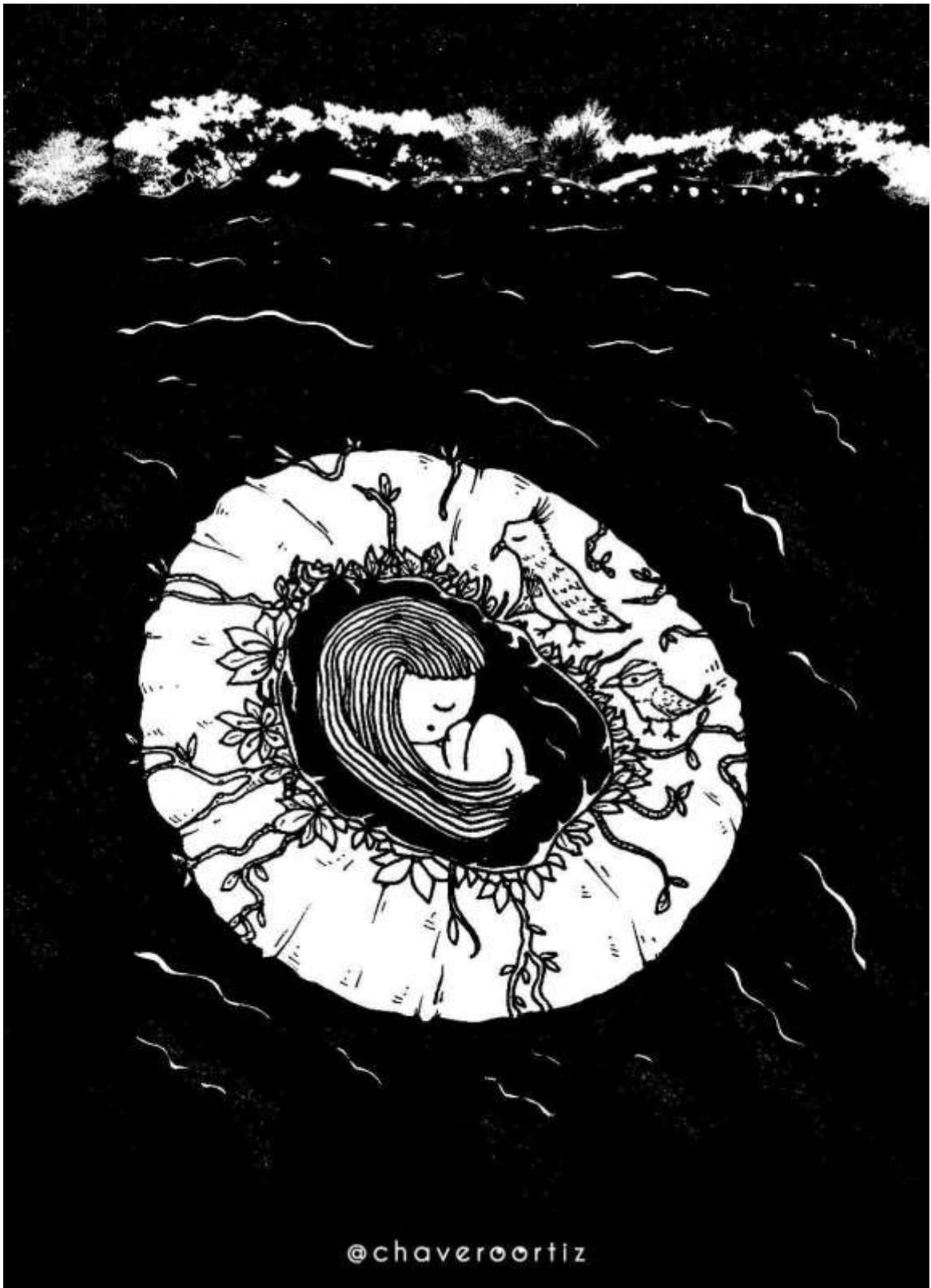


Ilustración: Juan Cesareo Ortiz

María Florencia Luján: Nacida en Corrientes, en 1995. Creció en el costado norte de la patria y actualmente cursa el Profesorado en Letras en la Universidad Nacional de Formosa. Su primera experiencia con la literatura la tuvo a los dieciséis años en el colegio. Participó del taller de lectura y escritura creativa de Orlando Van Bredam. Formó parte de la antología “Taller de Miércoles” y “Ecos Literarios: Nuevas Letras y Voces Formoseñas”. En 2020, ganó el “Concurso de Microrrelatos del Programa de Cultura” del CFI para la región NEA, con su obra “La Sopa con Bolitas” y ese mismo año se sumó al proyecto colectivo “Clandestinas”, cuya obra resultante se publicó en 2022. Actualmente forma parte de la SADE Joven, sede Formosa.

Juan Cesareo Ortiz Pereyra: Nació en Corrientes. Realizador de cine y televisión en el Centro de Investigación Cinematográfica en Buenos Aires, Capital Federal. Participó de cortometrajes, programas de televisión y películas. Actualmente vive en la ciudad de Formosa y trabaja en la ENERC SEDE NEA desarrollándose desde el año 2017 dentro de las áreas de Producción Académica, Post Producción y Extensión Académica.

QUIÉN

El espejo se va a romper si seguís ahí parado como un bobo. Parate derecho. Los niños no juegan al vóley. El fútbol es para hombres. Lo importante es tener plata y mujeres. Los machos no lloran. ¡El rosado nunca! Azul, verde, negro o blanco para las camisas y remeras. El pelo corto. Cortísimo. No hables muy finito. Se ríen. Algo no está bien. Siento que algo no está bien. Las pulseras están prohibidas. No ensucies las ropas. El maquillaje es de las mujeres. Me dijeron que te vieron caminar como afeminado en el centro. No cuentes tus cosas. No bailes solo. Tenés que hacerte hombre. No hables demasiado, se van a dar cuenta. La gente me critica por tu culpa. Encajar, yo sólo quiero encajar. Cuando te molestan, no le hagas caso. Es mejor ignorarlos. No seas maricón. No me gusta la gente que te rodea. Si querés salir con tus amigos, rebuscate con la plata. ¿Por qué tengo que darte plata? No voy a ser cómplice de que te usen. No mires esos zapatos en las vidrieras, ni busques en publicaciones. Se te cae la baba por cosas que no son para vos. ¡No son para vos! Tus jeans deben ser de colores oscuros, sin agujeros y holgados. ¿Por

qué me siento tan mal y sin que nadie me entienda? ¿Qué es lo que me está pasando? No me hagas pasar vergüenza delante de la familia. En nuestra familia no hay gays. Son todos machos o hembras. Necesito un cambio. ¿Qué se siente ser mujer? No hay mujeres trans. ¿De dónde sacaste eso? En mi época nunca existieron. Mi papá nos molía a palos si le decíamos esas cosas. La Iglesia lo tiene prohibido. El varón nació varón y la mujer nació mujer. Nadie quiere a los homosexuales. Todos terminan mal. Vas a terminar mal. Es horrible no sentirse bien en la familia. No poder ser completamente libre en mi propio hogar. A vos lo que te falta es una buena paliza y que te quedes solo. Tus hermanos tienen vergüenza ajena. Sin berrinches. Nenito de mamá. Que tus seres queridos te dimos todo, casa, comida, ropas. Vos nos debes la vida. Sí, ahora ya entiendo que tengo derecho a ser diferente y a vivir mi vida como quiero. El amor no es para mí. ¿Quién se va a enamorar de una persona como yo?

Nelly Mendoza



Ilustración: Nino Valdez

Nelly Delfina Mendoza: Formoseña. Hija de inmigrantes paraguayos. Mamá de tres hijos. Trabajó como empleada en comercios y mutuales antes de ser docente. Profesora en Letras y Especialista en Literatura. Se desempeña como docente en los niveles universitario, terciario y secundario. Es integrante del grupo “Clandestinas Literarias”. Participó en distintos talleres literarios y en la Feria Libro Formosa, 2021.

Dario Nino Valdez: Profesor en Artes Visuales, para los Niveles Inicial, y Secundario Ciclo Básico y Orientado. Egresado del Instituto Superior de Arte “Oscar Alberto Albertazzi”. Profesor en Artes Visuales Formosa. Delegado nacional por Clorinda, Formosa. Movimiento Internacional de Muralistas “Ítalo Grassi”. Delegado provincial por Clorinda del Movimiento Formoseño de Muralistas. Participó en diversos encuentros de muralismo y arte público en el país y el extranjero. Docente: profesor de educación artística. Realizó varias exposiciones y recibió innumerables premios. Actualmente se desempeña en el Área de Muralistas de la Subsecretaría de Cultura del Ministerio de Educación Formosa.

VILLA JARDÍN

Este relato, pude realizarlo gracias a señales del universo. Estaba leyendo un libro sobre Física Cuántica del Dr. Joe Dispenza, que trata sobre el poder de la energía y cómo el campo cuántico nos envía señales. Es más, pedí señales convincentes sobre esto.

Una señal muy fuerte, la recibí una tarde de agosto, yendo a caminar y entrando de casualidad a comprar velas aromáticas para mi hornillo. En un negocio muy renombrado sobre la peatonal, una mujer delgada estaba haciendo cola para pagar en la caja.

Ella contó que tuvo sueños y avisos, antes de que ocurriera una desgracia en Formosa. La escuché hablando con otra persona y decir:

—Fue la tragedia más cruel y horrorosa —dijo afligida—. Se vivió en democracia, a fines de los ochenta. Ocho niños murieron quemados en una comisaría. Salvajemente carbonizados. No pude salvarlos...

Los hechos ocurrieron en el barrio Villa Jardín, durante el día de la madre, en octubre de 1989. En ese entonces yo te-

nía diecisiete años y la ingenuidad ilesa. Lo recordé, tratando de volver a mi conciencia, casi al borde del paroxismo.

Mentalmente, recorrí el lugar. La entrada principal al barrio se realiza todavía por la calle Entre Ríos; a la izquierda se encuentra la Laguna de los Indios y la Arenera. Si se gira por la calle Espora, se ve el terraplén para llegar a la costa del Río Paraguay o al Balneario Viejo.

En la intersección con la calle Daugero, se divisa en la vereda, la estatua intacta y amigable de un león con mensajes contradictorios, o tal vez no, y en un cartel se lee:

“Bienvenidos a Villa Jardín, el lugar donde nadie se enoja.”

Cuadras adelante hay baldíos extensos. La Comisaría del Horror da escalofríos, la Cruz más triste del mundo enfrente y un monte en el que aún se escuchan gritos de niños.

—Los he sentido yendo hacia mi casa. Los he sentido...

La mujer y yo coincidimos en conocer de cerca esta trágica historia. Experimentamos una realidad más allá de los sentidos. Decidí seguirla... quería más señales.

El curso de los acontecimientos que siguieron fueron sencillamente inspiradores. Me encontré con la mujer a dos cuadras, cuando intentaba abordar su auto estacionado en el playón de la Costanera.

—Quiero contarle algo —le dije— ¿Me puede escuchar, por favor?

—Te escucho.

—Yo fui testigo el día del holocausto en Villa Jardín. Fuimos ese domingo con mi familia a pasar el día de la madre a la casa de mi abuela, en una finca propiedad familiar y que ahora se puso en venta, frente a la Comisaría.

Durante mucho tiempo sentí en esa casa el olor del humo negro de la muerte.

No... no es el momento ni el lugar para hablar —expresó emocionada y se le quebraba la voz...

—Te espero mañana en mi casa —me dijo y me dio su número de teléfono para contactarla.

Esa noche recordé todo... El horror, los gritos, el humo y las pesadillas. Las ambulancias y las corridas con los vuelos que partieron hacia Paraguay para intentar reparar lo irreparable, la vida de ocho chicos.

Fui testigo, afuera de la comisaría, pero las secuelas están dentro. Se dicen muchas cosas. La realidad es que fueron víctimas.

—¡Tal vez me están buscando... para que cuente sus his-

torias!

No se pueden borrar los hechos impunes sin verdaderos actos reparadores de Justicia. ‘El poder nunca rinde cuentas’, dice Van Bredam en un capítulo de mi novela favorita, *Nadie detiene a las ambulancias*.

—No lo sé!!! Solamente recibo sus señales.

Al día siguiente, me recibió Sara en su casa. Es una mujer con ángeles en la mirada, educada, transparente y muy generosa conmigo. Me ofreció mates y galletitas. Me sentí en la calidez de un hogar. Había aroma a bizcochuelo de vainilla en la sala, portarretratos de sus nietos en un mueble perfectamente lustrado y todo estaba impecable.

Se escuchaban sonidos incipientes de campanitas, creo que era del llamador de ángeles colgado en el jardín. Los escuchaba, mientras sus dedos acariciaban mis manos y expresó:

—Viví el desasosiego y los avisos, como vos. Participé anónimamente en esa tragedia y no pude salvarlos —volvió a repetir, conmovida.

Su lágrima cayó resiliente, como el rocío en las noches de invierno.

No pregunté nada más, no me gusta insistir en los dolores ajenos, sólo la dejé hablar y Sarita, prosiguió:

—En ese momento, yo trabajaba en el Tribunal de Familia. Teníamos a quince chicos en la Comisaría del Menor. Yo era una figura materna para ellos. El pequeño Luis me decía mamá. Unos días antes tuve experiencias y señales raras en el jardín. Un ser de luz en mis sueños me dijo que los sacara a todos. Desde ese momento sentí que la angustia se alojaría definitivamente en mi cuerpo. Llamé a los familiares, redacté los documentos para que salieran, hablé con el juez para que los firmara y salieron siete de ellos con sus familias. En las fechas especiales, se los dejaba salir. Sin embargo, hubo una persona que no ayudó: mi jefa.

Nunca entenderé la extraña ceguera de algunas personas con poder. Disponer sobre acciones y sobre la vida de los demás con soberbia, se paga muy caro. El karma te encuentra inexorablemente. No pude contener mi maldición. Qué HDP.

Ella prosiguió, amable:

—Le pedí a mi jefa que me ayudara a sacar a todos los chicos ese fin de semana y su respuesta fue: “Se van a quedar castigados, hasta que yo lo decida”. Fue muy difícil para mí,

entender la injusticia, la perversidad y la desidia.

—No fue tu culpa, Sarita —le dije mirándola directamente a los ojos—. Hubo un juicio... vos no tenés nada que pagar...

—Quiero que me ayudes a realizar un acto reparador por esos chicos... — insistió dolida.

La Física Cuántica dice que es posible evolucionar de un estado de sufrimiento y dolor hacia un estado de inspiración y felicidad —recordé— y los actos de amor, gratitud, compasión y creación son los caminos.

—Está bien, te acompaño... en lo que dicte tu corazón reparador —agregué— y sonrió con chispitas de luces de su alma.

El fin de semana nos reunimos en su jardín. Pintamos un cartel enorme para colocarlo en lugar muy lindo del barrio. Muchas personas, amigos, vecinos, conocidos en las redes se sumaron y ayudaron.

El Campo Cuántico y las señales. Todos, algunos y nadie en ese acto.

Unas palabras que se leían en una pancarta...

Reivindicaban:

“Bienvenidos a Villa Jardín, donde nunca olvidamos a los Ángeles de un Holocausto”.

Nelly Mendoza

EL FANTASMA DE LA ESCUELA NORMAL

Yo era un mitaí terrible, no lo niego. Sin embargo, sentí la presencia del fantasma una vez. Había cursado la primaria en la Escuela Normal, que en ese entonces era mucho más grande que ahora. En su predio estaban incluidos el actual Centro Nacional de Educación Física y la Escuela Primaria N° 82.

Recuerdo que había muchas plantas de laureles con flores blancas y rosadas y chivatos en los patios. En el centro estaba el mástil con la bandera.

La escuela tenía una preciosa huerta que cuidábamos los alumnos con los profesores de gimnasia y de labores; también, un molino antiguo. Había una casa pintada de blanco donde vivía el director, una vivienda para el sereno, un depósito externo y alto que parecía una torre con una escalera que iba al tanque de agua, la cocina, tres pabellones con aulas, la cantina que atendía mi vecino Don Raúl, la biblioteca, la mapoteca y la regencia.

El cantinero era muy cascarrabias. Un hombre delgado que nunca nos daba el vuelto con plata sino con caramelos,

chicles o unos merengues con formas de gallinitas. Siempre decía que en la escuela había apariciones, hablaba de una maestra que falleció ahí y de un sereno que mataron.

Además, en la regencia había una calavera de verdad.

Cada vez que yo me portaba mal o peleaba con mis compañeros me mandaban con la calavera... En una ocasión, la regente del Departamento de Aplicación me estaba retando de nuevo: "Te vamos a expulsar si seguís peleando", me dijo para que yo recapacitara. Me hablaba del futuro y bla, bla, bla.

Ella trabajaba con un amor impensable y dedicado pero me ponía los límites -que hoy agradezco-. De castigo por ser tan inquieto, antes de las vacaciones de julio yo tenía que quedarme una semana ayudando a limpiar a la portera, Doña Remi.

Durante esa semana, ayudé a limpiar las aulas, pero un viernes de tormenta se cortó la luz y ya era de tardecita cuando tuve que llevar los escobillones al depósito.

Ahí estaba.

El fantasma en el depósito. Ahí estaba.

Sentí una mano que me estiraba hacia adentro de la pequeña torre descampada. Cuando quise salir, un escalofrío

me subió por el cuerpo. Tuve mucho miedo. Se escuchaban ruidos del viento helado. Pensé en mi familia y ahí me acordé de algunos consejos: no hablarle, no mirar hacia atrás y rezar.

Me soltó.

Corrí hacia el portón del Jardín de Infantes, que tenía salida al San José Obrero y llegué a mi casa.

Juro que nunca más me volví a pelear con nadie en la Escuela Normal.

Nelly Mendoza



Ilustración: José Luis Jara

José Luis Jara: Artista plástico formoseño, nació el 4 de marzo de 1988, perteneciente al Movimiento Formoseño de Muralistas y al Área de Muralistas dependiente de la Subsecretaría de Cultura del Gobierno de la Provincia de Formosa. Trabaja en la Escuela Nacional de Experimentación y Realización Cinematográfica de la Sede NEA. Sus inicios en el arte primeramente fueron en teatro, participó como actor con el grupo Utopía 2000 y las Dulces Horas. Es técnico en Dibujo y Pintura, profesor en Artes Visuales, especialista en Educación y TIC. Se desempeña

como coordinador y gestor en diferentes Encuentros Provinciales, Nacionales, Sudamericanos e Internacionales de Muralismo y Arte Público desde el año 2013 a la fecha.

En el año 2018 desarrolló un proyecto de intercambio artístico, el cual fue seleccionado por el Fondo Nacional de las Artes con una Beca de Formación en La Escuela de Muralismo Siqueiros, ubicada en la Localidad de Poxindeje, Municipio de San Salvador, Hidalgo, México.

Participó como artista y docente en diferentes Encuentros Provinciales, Nacionales e Internacionales de Muralismo y Arte Público.

Ilustrador en las Antologías de Ecos Literarios I y II de la Colección Cultura.

Sus obras reflejan cuestiones referentes a la cultura de Formosa, su flora y fauna, la identidad del ser formoseño, las comidas típicas y momentos de la vida actual.

LAS ALMITAS

Mi tía Ernestina era una buena mujer. Vivía pegada a nuestra casa, aunque mi mamá no la quería. Mamá era enfermera y lobera. Todos los fines de semana se armaban en casa dos mesas de loba y se jugaba por un pozo grande de plata en el que cada lobero apostaba su parada, enganche y reenganche. ¡Alta plata se juntaba! Del premio se sacaba un porcentaje para el dueño de casa, por la luz, la comida, yerba. Mi mamá timbeaba también con esa plata.

Yo los detestaba a todos.

Me iba a la casa de mi tía y le contaba que nadie me hacía caso por culpa del juego. Nadie me quería. Entonces me dejaba dormir con ella y hablábamos de muchas cosas, hasta tarde.

Ahí le dije una noche:

—No aguanto a esa gente. El olor a cigarrillos, el baño sucio, sus chistes tontos, no los aguanto. ¿Y vos? ¿Por qué no los querés vos? ¿Por qué?

Nunca respondía. Ella arreglaba la cama y cuando nos acostábamos, venía su gato atigrado a ronronearme. Yo ama-

ba a ese animal y él se creía el dueño de la cama y el centro del mundo. Cuando yo dormía en ese lugar, me sentía tranquila, porque había dos personas cuidándome. El gato y ella. En una de esas charlas le conté que cuando dormía escuchaba voces, muchas y distintas voces que me llamaban por mi nombre, como voces de un montón de personas extrañas. “¡Ely! ¡Ely! ¡Ely!” Y eso me daba mucho miedo. “Esto es por culpa de los loberos. Seguro que ellos traen a las voces, porque se enojan al perder su plata y me molestan”, pensaba.

Tía decía que no eran culpables los timberos, que ella también las escuchaba, que solo las personas sensibles podían verlas, sentir las, escucharlas. Me contó cómo bajaban los espíritus, que era por algo y para algo.

—¿Se te aparecieron ahora?

—No, desde hace mucho tiempo se me aparecen.

—Se llaman Acheritos. Tenés que decirle que se vayan y se van.

—Yo quiero que no me molesten más y también que se vayan los timberos de mi casa —le dije confiada.

Un fin de semana de abril, en Jueves Santo, alguien llamó a la policía porque hubo problemas. Uno de los jugado-

res ganó los pozos acumulados sin parar y los otros jugadores lo acusaron de marcar las cartas y tener comodines falsos. ¡Se desconocieron los timberos!

Recuperé mi casa.

Mamá y la tía se reconciliaron. Mi vida transcurrió casi normalmente durante muchos años. Hasta que una siesta, dormitando, nuevamente oí las voces. Estaban alrededor de mi cama.

Reían.

Me bajé de la cama y ellas se bajaron. Entré al baño y me esperaron en la puerta. Recorrí la cocina mientras sentía un enjambre de vocecitas que me seguían. Calenté agua en la pava eléctrica para desayunar y se pusieron ansiosas. Corrían en círculo cerca de la mesa. ¡Saltaban!

Preparé cinco tazas de té con leche y todas giraban la cabeza como diciendo que no les gustaba eso y hacían muecas de que tenían arcadas. Les mostré chocolatada y galletitas Oreos y volvieron a saltar pero no tocaron el desayuno.

Salí para el trabajo.

A la tarde, al regresar a casa con mamaderas, llamé a la tía por teléfono y no me atendió. Quería ayuda, no podía con

todo eso, me repetía agotada. “No doy abasto. Esto es por culpa de los timberos”.

Las Almitas tomaban mamaderas de chocolatadas, miraban en la tele dibujitos animados durante todo el santo día, se peleaban por mi celular para ver videos, no dormían durante toda la noche y no se querían bañar.

Me cuidaban. Ya nadie me molestaba en el trabajo. Dejé de sufrir por tipos que no valían ni cinco centavos. Todo fue mejorando, arreglé la casa, me pude comprar un auto usado en buenas condiciones con mis ahorros. De vez en cuando las retaba porque no me dejaban dormir.

Me mostraban el dedo del medio, juntitas.

Al cabo de un tiempo de convivencia ya en septiembre, me pidieron que les organizara una fiesta de cumpleaños con globos, pastel, sandwichitos y pelotero. Vinieron de visita la tía Ernestina con sus primitas hermanas. Les hicimos muchos regalos. Todas disfrutamos de la fiesta.

“Solamente busco que estén contentas”.

Nelly Mendoza



Ilustración: Mayra Toffaleti

Mayra Rodmari Toffaleti: Profesora de Artes Visuales. Nacida el 12 de mayo de 1981 en Esquina, Corrientes. Realizó sus estudios secundarios en el Centro Polivalente de Arte de Formosa y completó sus estudios terciarios en el Instituto Oscar Alberto Albertazzi. Participó de encuentros mundialistas como integrante del grupo Meraki. Actualmente se desempeña como profesora en la EPEP N° 147 de Formosa Capital.

PARAÍSO DE TERROR

Para empezar, hay que hundirse en el mar muerto de los recuerdos, donde la podredumbre emana dolor y desconsuelo, falta el aire y no hay a dónde huir. Las lágrimas salen sin permiso, se traga la impotencia. En el más profundo silencio se oyen gritos desgarradores y con los puños apretados la encuentran hecha una bolita en el suelo.

Parece que nadie escucha, aunque en la agonía pone tanta energía para escapar, tanta fuerza que de a poco consume su alma. Realmente está inmóvil. El cuerpo pesa como un bloque gigante de concreto, solo respira hondo y se desmaya, para seguir repitiendo la escena una y otra vez.

En algún momento de la historia fue aguerrida, salvaje e indomable. Estuvo transitando por un período de rebeldía, frenética, insatisfecha con lo que le tocó vivir.

Se lanzó al mundo y conoció la locura, iracunda e hilarante. El camino al principio parecía de ensueño, libertino, mágico, dulce, apacible hasta que con el correr del tiempo acelerado, todo se transformó en pesadilla. Abrir los ojos era una desgracia. Ocultar la verdad, una tortura, privada de todo.

Seguir y no mirar atrás era la meta. Seguir sin añorar la niñez desperdiciada o el calor de la familia. Aunque vivía rodeada de distintos personajes que rotaban siempre como una ruleta rusa. Estaba sola. Era tan grande la soledad, que se aferró a ella y poco a poco parecía un animalito sin dueño, carente de afecto y amor verdadero. Así, su carácter fue tornándose frío. Nada llenaba ese vacío.

Una mañana de primavera, tras un alboroto en la vieja casona donde ella y muchas otras se encontraban, las pudieron rescatar. En la comisaría todo el proceso se cumplió, se asentó la denuncia, se abrió una investigación. ¡Ah! ¿Esperaban más? No, no hay más. Hasta que la justicia vio e intentó tomar cartas en el asunto, la niña privada de su libertad que fue forzada a ser mujer y a prostituirse por cinco largos años, no soportó más el paraíso de terror y se suicidó.

Zulma Beatriz Maciel



Ilustración: Alfredo Palacio

Zulma Beatriz Maciel: Bibliotecaria. Nació el 1 de agosto de 1978 en Avellaneda, provincia de Buenos Aires. En 2019 se recibió en la provincia de Formosa de Técnico Superior en Bibliotecología. En 2020, obtuvo el Diplomado en Ciencias de la Educación con orientación Psicosocial, Diplomado en Formación en Bibliotecología y Archivología, Diplomado por participación destacada como aprendiz en el programa de “Mentoring Bibliotecario” dictada por la Red de Bibliotecarios con Valor y realizó distintos cursos de La Biblioteca del Congreso de la Nación Argentina, como el de Bibliotecas y Agenda 2030.

Alfredo Palacio: Artista plástico, ilustrador, pintor muralista y profesor de Artes Visuales. Nació en la ciudad de Formosa en el año 1983. Desde niño comenzó a incursionar en el dibujo de manera autodidacta influenciándose con las ilustraciones de historietas. Durante sus años de estudio experimentó con técnicas en pintura, grabado, dibujo, cerámica, escultura y también formó parte de espacios y centros culturales independientes donde incursionó y experimentó en otras disciplinas de las artes como la música, el teatro y la danza.

Representó a Formosa en encuentros de muralistas que se realizaron en otras provincias de Argentina. Viajó a México con

un equipo de muralistas de Formosa becados por el Fondo Nacional de las Artes para una formación de intercambio académico en la Escuela de Muralismo Siqueiros, allí adquirió conocimientos sobre Muralismo Latinoamericano. Forma parte del equipo de artistas plásticos que trabaja para el Área de Muralistas de la Subsecretaría de Cultura de Formosa. Sus obras plásticas tienen un carácter indigenista y expresionista; su especialidad son los murales pictóricos.

EL LÁPIZ

El docente ingresó al salón de clases como siempre, boyante, gozoso, con una sonrisa de oreja a oreja, contoneándose como los patos cuando se dirigen al agua, tarareando una melodía desafinada pero feliz.

Era un hombrecito bajo y rechoncho. Su cabecita redonda y calva reposaba sobre un cuello ancho y casi imperceptible ocultado por los pliegues de una obesa papada. Sus cejas arqueadas y muy pobladas se unían por encima del tabique nasal formando un solo bosque negro debajo del cual latían ansiosamente dos ojillos saltones de pekinés brabucón, separados por una prominente nariz aguileña que acusaba acaso un lejano origen hindú. Estos caracteres imprimían en el sujeto un aspecto severo pero a la vez bonachón.

Juan de las Fuentes García había nacido en la ciudad de Santo Tomé, provincia de Corrientes en 1950. Sus padres, docentes de vocación, habían llegado a Formosa en los años 60 y ejercían la profesión en una escuela secundaria de Laguna Yema. Le habían predicado con el ejemplo. En su casa había mamado el amor por la docencia y la vocación de servir al prójimo.

—¡Amar, debes amar hasta que duela! —le decía su madre parafraseando a la madre Teresa de Calcuta con un rostro de San Patricio traspasado por las flechas.

¡Cómo olvidar esas vacaciones de enero cuando el rugir de un Falcon 79, los ladridos de Colita y las corridas de pies desnudos y presurosos lo arrancaban de improviso del angelical sueño anunciando el regreso imprevisto de su padre!

—¡Mirá lo que te traje, Juancito!

Su padre metía su mano en una bolsa de papel madera y sacaba de ella con una actitud sacrosanta un casete de Los de Imaguaré, al cual inmediatamente lo introducía en una vieja radio grabadora. Luego, con serenidad apretaba hasta el fondo un rústico botón con una inscripción en inglés que se leía “Play”:

¡Trac!

“Si ven que el San Jorge y la araña pelean, si anoche escucharon a los suirirí, si la ranita canta y el charque gotea, seguro que el tiempo se está por...”

—¡Escuchá, tenés que sentir el chamamé. Los correntinos lo sentimos dentro burbujeando en la sangre!

De los ojos del niño brotaban dos pequeñas perlititas que

suavemente se deslizaban por sus tersas mejillas de ángel somnoliento y de su piel pálida se erizaban uno a uno los vellitos del brazo.

“ *...mano de chamigo... que abre la puerta y ofrece su pan*”

Así fue transitando su infancia, amando a todos sin medida, ofrendándose hasta al martirio como lo hacían los correntinos.

Cada vez que prestaba una hoja o un bolígrafo a sus compañeritos les decía de forma perentoria indicando con sus manos la señal de alto:

—¡Ahí nomás chamigo, no me la devuelvas, para eso estamos!

Al decir *chamigo* no lo hacía a la ligera, pronunciaba la palabra tal como la sentía, tal como la había aprendido de sus padres, con respeto y orgullo. Era la credencial de los correntinos.

Experimentaba al parecer por tal acto una sensación de misión cumplida, de abnegación necesaria. Era Cabral salvando al general mientras sentía el filo de la bayoneta abriendo sus carnes patriotas.

Y de nuevo oía en su mente la voz de su padre:

—¡Escuchá!

“...Muero contento. Hemos batido al enemigo, che general”.

Nada detestaba más que un amiguito le exigiera con acritud la inmediata devolución de un recurso prestado. Lo consideraba un acto de vil traición a los más altos y sublimes ideales de solidaridad y de amor incondicional al prójimo.

En las ceremonias escolares mientras sus pares se desternillaban en risas por las bromas de los boludones de siempre o por los pedos inoportunos que coronaban las celebraciones patrias con los aromas nauseabundos más variados, Juancito contemplaba firme y marcial los girones celeste y blanco, flameando en el viento mientras oía nuevamente el susurro de su progenitor:

“¡La patria se siente! ¡Los correntinos sentimos a la patria. Morimos, si fuera menester, por ella!”

El día que se recibió de profesor de Lengua en la Universidad de Formosa se hizo una promesa y la cumpliría aunque fuera lo último que hiciera. Había una patria que defender, padres que honrar, una vocación que dignificar. Sabía que la

enseñanza no era para cualquiera, solo para los elegidos y él se consideraba uno de ellos.

Inculcaría en sus alumnos la pasión por la literatura, el amor al prójimo y a la patria, tal como lo hacen los correntinos, a cualquier costo, sin importar sacrificios. Acaso era eso lo que faltaba en las escuelas para que los chicos se motivaran y no desertaran del sistema educativo. Tan solo una brizna de amor. “¡Tenés que ganar el corazón de tus alumnos Juancito, el aprendizaje llega después!” Habían sido las últimas palabras de su madre antes de expirar.

Solía escuchar los amargos rezongos de sus colegas. Los consideraba meras excusas de personas débiles y cobardes sin vocación docente, que habían caído en la formación docente por haber fracasado en otras carreras (esta expresión la había oído días atrás en boca de una ministra de educación, le pareció perfecta y desde entonces decidió emplearla), verdaderos mercenarios de la educación, rápidos para cobrar pero no para educar, como siempre decía su finado padre, que en paz descanse.

A continuación, pasaré a contarles una anécdota pintoresca y no menos importante que explica un rasgo interesante

de la personalidad de nuestro héroe.

Cuando era niño se había caído de un eucaliptus. Sé que el lector se preguntará cómo se le había ocurrido una idea semejante. ¡Trepase a un árbol así! ¿No había en Formosa algarrobos, quebrachos, paraísos, lapachos? Sí, por supuesto. Pero García llevaba en su ADN la excentricidad y buscaba romper los convencionalismos y estereotipos.

La cuestión fue que dio un paso en falso errando el apoyapié de la escalera que había usado para su hazaña y se precipitó boca abajo a quince metros del suelo. Los detalles del asunto los dejo a la imaginación del lector. Solo una observación. Mientras descendía lanzaba al aire toda clase de maldiciones. Al aterrizar cundió el silencio. Su mandíbula se cerró súbitamente y la dentadura se contrajo con tal violencia que como una fiambarrera le rebanó el ápice de la lengua.

Desde entonces “zezeó” y no paró de sufrir todos tipos de burlas por su incapacidad de pronunciar la s.

—Che, García, decí San Martín.

Y él inocentemente lo intentaba:

—Zan Martín.

—García, decí Sarmiento.

Y el nuevamente caía en el lazo:

—Zarmiento.

—Jajajaja...

Pero dejemos los momentos desgraciados de esta pobre alma y enfoquémonos en los más dignos. Era una persona llena de energía y creatividad. No aceptaba el no como respuesta ya que la consideraba la expresión más acabada de la mediocridad, el facilismo y la falta de compromiso.

Había recibido un don extraordinario. Era un visionario. Percibía cosas que otros no. Por ejemplo, observaba cruzar no sin esfuerzo el umbral del establecimiento a un alumno despeinado, con el semblante constreñido por el alcohol y la tranocheda. Entonces, con dejo altisonante y la convicción de un profeta exclamaba:

—¿Ven a eze muchacho?

—Sí —le decían sus colegas con cierto desinterés.

—Algún día trabajará en la Naza.

Acaso por el respeto que algunos docentes le tenían no se atrevían a contradecir semejante vaticinio y con cierto escepticismo asentían, mientras veían al joven sujetarse por las paredes de la galería arrastrando sus pies como los personajes

de The Walking Dead.

Era un tipo parco y algo tímido pero guay que no le cedieran la palabra:

—¿Ejem ...ejem ... Perdón... ¿Me darían la palabra, por favor?

—¡Lo que pasa es que en esta escuela no hay disciplina!

—¿Puedo zi zon tan amablez?

—¡Es una vergüenza la manera en que vienen vestidas las profesoras y después hablan del déficit atencional!

—Y sí, encima son adolescentes y sus hormonas están como el maíz en la sartén caliente.

—¿Me dan la palabra?

En este punto García levantaba su mano como señal de protesta.

—¡Está frío el mate!

—Ez cierto, zoy educado. ¡Pero no zoy boludo! ¡Ojo, eh! se repetía una y otra vez frente al espejito del baño.

—¿Trajiste los bizcochitos que me gustan?

—¡Ay, mirá qué coqueta la Marta! ¿Te fijaste su nuevo perfil de Facebook?

—¿Hola? Sí... Hola, no se te escucha... ¡Hablá fuerte!

- ¿Me dejan hablar de una buena vez?
- Debe ser el wifi de la escuela o la señal del teléfono, sabés que andan como este país.
- No come sabrositos... Hola. ¿Me escuchás?
- ¡Como el culo querrás decir!
- Perdón, puedo ha...
- Obvio.
- Comprale Dog Chow.
- La recalcadízima c... de zuz p... madre. ¿Me zeden, por favor la p... palabra?
- ¡Eh, profe, no se enoje!
- ¿Ezto ez una reunión o qué?
- ¡No es para tanto, García...!
- ¡Por supuesto que es una reunión!
- ¡Pero cómo no va ser!
- Le recuerdo, profesor García, que esto es una institución, no una cancha de fútbol así que adecue sus palabras. Debemos ser ejemplo para los demás. Educadores, señor García, educadores —dicho esto respondió un WhatsApp y le guiñó el ojo derecho.
- Pero, zeñora directora....

—¿Qué tal me quedó el cabello?

—Yo haze ...

—¡Es-pec-ta-cu-lar, señoriiiiita directora, está hecha una estrella de cine!

—Ajá. ¿Visssste?

—... ¡media!

—Hable rápido, García. Lo que usted intenta decir es que hace media hora que quiere hablar.

—Exacto.

—¿Y tanto le costaba decirlo, hombre? Como versa el refrán: “Hablando se entiende la gente”. —Y nuevamente le guiñó el ojo, pero el izquierdo.

Entonces su voz se tornaba pausada y parsimoniosa con un dejo similar al que se está ahogando. “Ahogando con mierda”, le había dicho su colega Luisito una tarde.

—Tenés que hablar en las reuniones o vas a reventar como el mono Peralta. ¿Te acordás, no? Pafff ... como piñata de cumpleaños.

Ciertamente que se acordaba del mono Peralta, pero debía contener el vendaval de palabras cloacales e improprios que recalcitaban su pobre alma amenazando con esca-

pársele.

Cuando se hablaba de los problemas académicos o actitudinales de los alumnos, defender los derechos inmarcesibles de los estudiantes a través de un fogoso pugilato, era un deber moral.

En esas situaciones la ira se traslucía por su piel con la misma naturalidad que los rayos del sol atraviesan las hojas verdes revelando sus nervaduras, solo que en su caso la ira se asomaba por sus carnes con un color de tomate pasado.

De sus ojillos desorbitados brotaba el fuego del predicador. De su voz, afloraban acaso una vaga reminiscencia de las solemnes litúrgicas medievales. De sus brazos de espantapájaros inflable sacudidos por el viento, la expresión más perfecta de la idiotez.

—Las nuevas tecnologías de...

—¡Netbook, netbook, netbook! ¡Seeee, seguro, García!

—información son un ...

—Hoy vi a un chango que...

—recurso...

—... la cambiaba por vino...

—Lo ratifico, son un recurso incalculable y propicia...

—¡Seee... la igualdad de oportunidades, lo escuché por ahí!

—¿Entendiste?

—¡Vos nomás sabes!

—Contribuyen además...

—¡Capaz nomás! ¡A qué, a qué!

—a reducir las brecha di...

—¡Nambrena !

—¡Di-gi-tal! —y con su mano abierta golpeaba el pupitre al tiempo que pronunciaba las tres sílabas.

—¡Di-gi-tal, carajo!

—¡Profesores, por favor, estamos en un establecimiento!

—¡Vos nomás sabés, tienen que volver a los libros. No te das cuenta que los chicos de hoy en día son zombies y ahora los naturalizan llamándolos nativos digitales. Nativos digitales... las pelotas... por favor!

—¡Acá el único zombie que veo zoz voz, la pu... que te par..!

Como el lector advertirá en este momento todo se había ido por la borda y muy poco interesaba la ética profesional, el léxico adecuado, la moral. La situación ameritaba o mejor di-

cho requería el empleo de recursos disuasivos más rústicos, más primitivos que dirimieran el debate. Entonces García bruscamente se ponía de pie y su prominente vientre golpeaba al pupitre como las olas a las riscos:

—¡Déjenme que lo reviento!

—¡Qué papelón! ¡Sáquenlos a la galería!

Pero volvamos a la situación que nos convoca. Dijimos al principio que el docente ingresó al aula con ese optimismo que le era propio, irradiando luz a través de su sonrisa de oveja degollada.

Ese era su día, sí señores. Al día había que ponerle onda y hasta las cucarachas podrían convertirse en mariposas. Positivo, ser positivo.

—Todo depende de cómo y desde dónde se mire la vida —exclamaba feliz desde el suelo tratando de averiguar de qué parte del chasis provenía ese ruido de mil infiernos.

Hoy desarrollaría uno de los contenidos favoritos del programa de lengua: Procesos de escritura aplicados a la redacción de un cuento.

—¡Muy, pero muy buenos días, estimados estudiantes!

Nadie se pone de pie.

—¡Buen día, he dicho, mis queridos jóvenes!

Los alumnos lo miran y permanecen en silencio.

—¡A mal tiempo buena cara, decía mi abuela jajaja!

Los jóvenes no entienden el chiste y lo observan sin expresión.

—Bien. Parece que estamos dormidos. ¿No ? No problem —aduce con un inglés de preescolar.

Un joven sentado en el fondo del salón, masca rabiosamente un chicle lanzándolo con su lengua de un lado a otro de su boca como si lo estuviera ablandando, suspira y responde al saludo inflando un minúsculo globito rosado que inmediatamente se transforma en un ¡Pliffff!

El docente detiene su clase:

—¡Qué buen globo, señor Perez! Jaja. Sé que no lo hizo de manera inten..!

¡Pliff!

—... cional.

—Hoy vamos a desarrollar un tema muy intere...

¡Plifffff!

—Ejem... ejem... Vamos a aprender a realizar un plan de escritura que nos ayude a...

¡Pliffff!

—Bien, la escritura es un proceso...

Otro muchacho está sentado en la esquina derecha del fondo del salón, desde allí lo mira de reajo y entre cejas. El personaje se peina raya al costado y del lado diestro de dicho linde se impone un largo mechón lacio y artificialmente rojo que se desliza por la frente hasta ofuscar la visión de su ojo derecho, al menos da esa impresión. Sus ojos levemente rasgados y oblicuos, su boca pequeña y la forma romboidal de su rostro connotan una ascendencia asiática.

—¡Buen día, joven. Para usted también! Lindo corte, eh...

El adolescente lo mira como a una mosca molesta.

—Chino, cantale algo de BTS.

—Se dice “bitieis”, bombolo.

—Bien, lez dezía recién que no hay nada más excelzo en la vida, es dezir, más zublime, perdón buzquemos otro léxico, quiere dezir palabra, o sea léxico quiere dezir palabra, no excelzo...

Los alumnos lo observan confundidos.

Consciente de su falta de coherencia y claridad, García

se pone nervioso y la situación se agrava.

—Bien, no zé zi me explico, lo que intento dezir ez que excelzo no zignifica léxico, zino hermozo y léxico, palabra.

¡Pliff !

Una joven lo mira atentamente y levanta bruscamente sus cejas en señal de enfado.

¡Pliff !

—Paza que como empleé el término léxico.

¡Pliff !

—fue menester o sea ...

—¡Profe, puedo ir a mear!

—¡No! Y le recuerdo que no ez adecuado dezir mear, se dize orinar. ¿Entendió? O-ri-nar.

—¡Bueno!

—No ze dónde me quedé, le dije que zignificaba necesario, bueno como rayoz zea, lo que trato de exprezar es que excelzo quiere decir hermozo.

El chino saca lenta y desinteresadamente de su cartuchera un minúsculo lapicillo sin punta.

—Penzemoz en un lugar donde podría tranzcurrir la acción.

Acto seguido, extrae de su mochila con idéntica parsimonia una trincheta. De manera excesivamente prudente roza rítmicamente de adentro hacia afuera la débil madera del lápiz aguzando la punta con paciencia tibetana.

—Por lo tanto, no ze canzen de reescrri...

De pronto, García se calla. Da cuatro pasos con mucho sigilo en dirección al misterioso alumno. Se detiene a unos centímetros del pupitre. Lo mira con cariño. Era Buda, contemplando extasiado a unos de sus discípulos, Sócrates junto a los hombres sencillos de Atenas.

En efecto, estaría forjando su arma para lanzarse con ozadía a la apasionante aventura de la escritura. ¡Oh, bendito lápiz, Excalibur del conozimiento. Con qué destreza lo pule, con qué entusiasmo le da forma, con que...

—El chueco dice que yo soy su ñorsa.

—Ezto ez lo que neceztan los jóvenes, perzeverancia, motivación, concentra...

—Ramón le pegó una trompada a Vanesa.

—Lo esencial, lo esencial.

—Mire mi ojo, profe...

—No todoz pueden zacar la punta con tanta aplicación.

—Te cagaste un pedo, ahijuepete.

—¡Che, se te aflojó el gomín!

—Y esa esencia amaderada que perfuman las aulas. ¿Acazo no ez otra coza que la fragancia de loz antiguoos bosquez que el destino loz ha convertido...

—¡Tu cara lo que vos decís!

El docente como una serpiente hipnotizada mira el deslizamiento del afilado metal descascarando armónicamente la cilíndrica maderilla. Se sume en una extraña meditación que lo adormece y arrebatá a un lugar desconocido. Su entorno inmediato se desvanece y las voces se van desgarrantando como árboles en un retrovisor.

—... en este portal de expresión, tal vez los lápices aún guarden los arcanos zuzurros...

—Ishhhh, la tuya sí, no tené espejo en tu casa mitaí.

—... de los días que fueron.

—Te dije que son truchas, mirá un poco como quedó la pantalla, rayita nomás.

—Juntá un poco los pedazos, yo ya te dije ya que no tené que sé bombolo.

El alumno levanta del piso lo que queda de la netbook.

—Zí, lo esencial, la esencia de la vida.

—¡Yyy! ¡Qué queré, hijo!

El muchacho lo mira con disimulo y acelera con frenesí.

¡Sac, sac, sac!

—¡Este es mi socio!

Redobla la apuesta y lija el lápiz con paroxismo.

¡Sac, sac, sac, sac!

El docente embriagado en sus elucubraciones cambia la expresión de su mirada. Intenta divisar algo en la lejanía aguzando su visión. Su semblante connota un placentero dolor.

¡Sac, sac, sac, sac, sac!

Ya en este punto el bamboleo trincheteril adquiere connotación sexual. El docente siente un hormigueo en su fuero interno:

—¡Ay! ¡Ay! —exclama García con dego orgásmico.

El joven parece intuir lo que su educador maquina ya que de su rostro por primera vez se insinúa una sonrisa sardónica. Ríos de misterioso placer desbordan por la comisura de sus labios tenuemente constreñida hacia atrás.

—Zé que tenéz buenaz ideaz. ¿Podríaz compartirlaz?

El muchacho no responde palabra, frota la trincheta sobre la mina del lápiz a una frecuencia normal, pero constante como Aladino a la lámpara, solo que ahora saca el ápice de su lengua y lo curva en dirección a la comisura de sus labios, a lo Maradona cuando se le ocurría una genialidad:

—¡Ah... veo que zoz ingeniozo, eh... como el Diego!

El docente pierde toda sensibilidad con su entorno y por un extraño motivo espera solamente la respuesta del extraño.

—¡Beracore... se hizo pelota, se reventó toito!

—¡Y cómo dizfrutaz de tu ingenio. A ver, contame lo que penzáz. Zeguro que con tanta inteligencia tenéz algo extraordinario que dezirnoz!

El joven sigue afilando la punta del lápiz. De improviso, contonea de forma abrupta y colérica su cuello en una especie de convulsión histérica, semejante al movimiento que hacemos cuando somos atacados sorpresivamente por un mosquito. Luego lo mira, se sonríe y se despereza arrebujiándose sobre la silla a sus anchas dejando suspendidos ambos brazos por detrás del respaldo de la silla, mientras sus piernas crecen por debajo del pupitre, bosteza.

El docente ahora lo mira con perplejidad. Sus ojos no

parpadean pero laten al ritmo de su corazón. Acerca su rostro al del joven progresivamente como si le quisiera reventar un granito de la cara, lo explora con detenimiento, su mirada es escudriñadora, su lóbulo ocular se mueve en círculos a la manera umbanda, parece olfatearlo, se siente Alien. Finalmente retrocede y exclama:

—Estaz canzado, eh. Las personas inteligentez y creativas como voz ze canzan más rápido que loz demás por el desgaste neuronal.

Al escuchar la palabra desgaste neuronal el muchacho deja de frotar el hierro y encarama abruptamente sus ojos tal vez buscando a los de su interlocutor.

—¿Queréz decirme algo ? Yo ze que zí, confía en mí —expresa estas palabras con un placer baboso aguardando la respuesta con su boca semi abierta.

El joven bajó su mirada y continuó sacando la punta al lápiz.

—¿Mmm? No te pongaz trizte... ¿Hay algo que te atormenta? ¿Por qué buzcáz que la puntita zea tan finita?

El adolescente lo miró de refilón y nuevamente su comisura derecha se impulsó hacia atrás como el nylon de un arco.

—¿Quiere que le diga?

—Zi , zi ... claro, por supuesto —dijo con expectante alegría.

El docente se acercó lentamente al joven como minutos antes pero ahora con la finalidad de crear un ambiente ameno de confianza y camaradería para lograr que el chico sin tapujos escupiera su profunda reflexión.

—Prooofe ... Ricardito está mirando cochinadas en su celu...

—Dezilo ...dezilo —le susurraba a unos centímetros del oído. Las palabras sonaban untuosas en la boca del docente, semejantes al balbuceo del niño cuando sus expresiones se atascan con el pan y la mermelada.

—¡Y a vos que te importa, mitaí de mier...!

—Dezilo, dezilo sin temor, zoy como un padre y voz como un hijo...

—¡Te voy a romper la jeta!

El joven detuvo su labor, atenazó el lápiz entre el pulgar y el índice de su mano izquierda, se puso de pie al lado de su maestro, lo exhibió frente a los ojos estupefactos de García y con un aire solemne profirió:

—¡Lo ve, lo ve, plofechor!

—¡Sí, sí, sí! ¡Claramente!

Probaba la aguda y perfecta punta presionándola una y otra vez sobre la yema del índice de la mano derecha al tiempo que su mirada felina de enigmático placer se paseaba entre la punta del lápiz y los ojos de García.

—Lo talé achí pala seguí yacándome, pelo con mayor prechichón.

Facundo Perkins



Escaneado con CamScanner

Ilustración: Dina Mónica Alejandra Canesin

Jorge Facundo Perkins: Nació en Alvear, provincia de Corrientes el 27 de febrero de 1978. En 1986 se trasladó con su familia a la ciudad de Las Lomitas, provincia de Formosa donde terminó sus estudios primarios. En 1992 continuó sus estudios secundarios en el Instituto de Formación Docente “Felix Atilio Cabrera “. En el 2008, se recibió de profesor en Letras en la Universidad Nacional de Formosa. Actualmente se desempeña como profesor de Lengua en la comunidad wichí del Quebracho departamento Ramón Lista.

Dina Mónica Alejandra Canesin: Nació en Formosa Capital, 19 de marzo de 1986. Estudió Profesorado en Artes Visuales en el Instituto Superior de Artes “Oscar Alberto Albertazzi”. Enseñanza particular de pintura e historia del arte universal. Ejecución de murales pictóricos, escultóricos, etc. Es integrante y responsable jurídico del movimiento artístico literario “Acción poética Formosa Capital”. Gestión cultural del evento Arte y Rock por los Chicos 2013. Participación del montaje y charla curatorial de la muestra Formosa Pinta Bien 2010. Participación de Encuentros Provinciales e Internacionales de Muralismo. Docente de Artes Visuales en varias instituciones. Dictado de Talleres de Terapia Ocupacional en el Geriátrico EDMIFOR.

Dictado de Talleres de Terapia Ocupacional (Arte Terapia) para Personas con Necesidades Educativas Especiales. Actualmente se encuentra trabajando en la provincia de Neuquén, en los pueblos llamado Picun Leufú y Santo Tomás como docente de zona rural, realizando nuevas búsquedas en el arte, investigando sobre las plantas tintóreas e iconografía precolombinas de la zona patagónica, llevando la investigación al arte desde su resignificación y estética personal.

MISA DE SANACIÓN

Los hechos y personajes de esta historia son más reales que ficticios, cualquier parecido con la ficción es pura coincidencia.

La gente cree que no hay historias para contar en el interior de los pueblos. Piensan que más allá de los mitos y leyendas propios de nuestra cultura, no hay más nada sobre lo cual hilar historias que dejen huella de las maravillosas cosas que ocurren en los lugares que generalmente nadie mira.

No es que en los pueblos no ocurran cosas, lo que pasa es que no sabemos mirar. Por ello en un intento de esto, esta humilde joven les presenta una historia.

Se sorprenderán ustedes, del lugar donde se desarrolla ya que generalmente la mayoría de la gente no considera a las iglesias el lugar más interesante del mundo. De hecho, probablemente algunos de ustedes las veces que asistió a una fue solo cuando recibió el bautismo, la primera comunión y la confirmación, si es que llegaron a la última. Todo comenzó en la “Capilla San Miguel Arcángel”, cuyo nombre se debe al santo patrono del lugar, también conocido como el jefe de la

milicia celestial.

Lectores, ustedes pensarán que por las características de esta historia muy probablemente quien se las relata es una ancianita de esas que sobran en las iglesias. Sin embargo, es de mi agrado decirles que están en un error, así que dejen de imaginarse cosas que no vienen al caso.

Un sábado cualquiera, día en el que se celebra misa en este pueblo debido a que somos tan ansiosos que esperar hasta el domingo, día de resurrección de Nuestro Señor y Salvador, no está en nuestros planes. Siendo un poco sincera, lo que en verdad ocurre es que el párroco al tener tantas capillas a su cargo -entre las que está la nuestra- tiene que atender a todas de alguna manera y como es cura, no superhéroe, lo que hace es arreglar los horarios. Además, luego de la puesta del sol, más o menos cerca, ya se pueden utilizar las lecturas del día siguiente.

Ese sábado luego de la Celebración de la Palabra de Dios presidida por el diácono, un anciano no tan anciano, pero con bastante juventud acumulada, menciona en los anuncios que el próximo jueves se realizará una misa de sanación por los enfermos.

No dio vueltas, dijo con seguridad “Misa de Sanación”, o sea que el hecho de asistir traería necesariamente alguna gracia especial, según el sentido común de cualquiera. Ante ello me hice la misma pregunta que ustedes se hacen ahora: ¿solo pueden asistir los enfermos? Retomando las palabras de este servidor de Dios: “Todos somos enfermos, ya sea física o espiritualmente, incluso tal vez ni siquiera sepamos lo mal que estamos”.

Todo muy normal, hasta que explícitamente dijo: “Miren que puede ser que vengan los de intercesión, esa es gente que sabe”. Al terminar de escucharlo pensé lo mismo que ustedes aquel día: “¿Quiénes son esos? ¿Por qué se llaman así?” Pero como dicen por ahí la curiosidad mató al gato y lo que todo cristiano más o menos decente tiene son dos condiciones básicas: la fe y la curiosidad, ambas le son movilizadoras.

Lo esperado llegó el jueves a las 19:30 horas y resultó que la capilla estaba explotada de gente, cosa rarísima. No sé si serán ustedes asiduos asistentes a misa, pero hasta el que concurre muy de vez en cuando sabe que no es un lugar donde esto generalmente ocurra.

Las misas y las celebraciones de la palabra son trans-

mitidas por una cuenta de Facebook que tiene la capilla. Ese día como ya es costumbre, el trípode en el que se coloca el celular desde el que se filma estaba preparado en la mitad del pasillo por donde entra quien preside la misa o celebración dependiendo del caso.

Pero ese día el sacerdote, un hombre bastante joven y quien hace poco tiempo empezó a brindar su servicio por estos lugares trayendo aires renovados llenos de carisma y alegría, decidió que no se debía realizar la transmisión. En palabras explícitas dijo: “Yo no tengo problema, pero la gente se emociona mucho y por ahí se puede poner incómoda si se la filma”. Claramente este hombre ya sabía lo que se venía por delante.

Lo primero que ocurrió fue la adoración al Santísimo Sacramento con el rezo, si mal no recuerdo o invento, de la coronilla a la Divina Misericordia. Por si no sabían, esta es una devoción muy conocida y difundida por la iglesia. Una de las promesas expresadas por el mismo Jesús a Santa Faustina fue que aquellos quienes rezan la coronilla obtienen diversas gracias y me atrevo a decirles que en esta misa sí que se obtuvieron diversas gracias.

Transcurridos entonces unos veinte minutos aproximadamente, debido a que la fórmula de oración para el rezo de la coronilla no suele ser tan larga, se devolvió el Santísimo Sacramento al Sagrario, pues la adoración eucarística también había acabado.

En un momento, se abrió una puerta en el lado derecho de la iglesia. De allí salió una mujer que caminó hasta ubicarse en el ala izquierda del lugar preparado por el coro, tomó el micrófono y le roció alcohol. ¡No, no lo hizo de ortiva! Es lo que cualquiera hubiera hecho porque acabamos de salir de una pandemia. El que no se cuida en el mejor de los casos se va a ver al creador, cosa que sería un premio para cualquier cristiano, el tema está en adelantar el encuentro por un simple descuido.

La mujer comenzó a cantar. Y cantaba como los ángeles. No, igual que ustedes tampoco sé cómo cantan los ángeles, pero supongo que deben cantar como ella o por lo menos parecido.

Tenía mucho carisma al cantar, imagínense que pudo hacer mover a todos y obviamente le costó porque sabemos que la mayoría de las personas que asisten a la iglesia no son

personas jóvenes y el tema no está en que a la gente mayor no le gusta bailar -sí que le gusta-, la cuestión está en que se prendan a algo nuevo, algo a lo que generalmente no están acostumbrados. Pero se logró. Agregó, se re logró.

Si hubieran visto cómo se movían de un lado para el otro y que la vuelta para allá, manos arriba y abajo, salto, izquierda luego derecha, y con los pies, puffffff ya se imaginan. Bueno sí hay que bailar bailemos, ya estamos acá, entonces al igual que todos, lo hice. Seguramente ustedes si estuvieran ahí también lo harían.

Del mismo lugar dónde salió la mujer cantante, unos minutos más tarde, salieron cuatro o cinco mujeres de edad mayor, muy educadas y súper elegantes. También un hombre un poco más joven que las anteriores y algunas personas que generalmente están en el cotidiano de la capilla.

Primeramente se ubicaron en diferentes partes tratando de cubrir todos los sectores, luego las mujeres se acomodaron en el coro al lado de la que cantaba.

Como es costumbre entró quien llevaría adelante la celebración de la misa. El sacerdote y su acompañante, el diácono.

Mientras tanto todos se pusieron de pie. Saludaron a

Jesús antes de subir al altar. Una vez arriba, el sacerdote hizo lo mismo con los presentes y todos respondieron. Continuó con la primera parte de la misa. Si son asiduos a ella sabrán. Y si no, pues vayan, para impregnarse mejor sobre lo que les cuento. Y me corrijo, no vayan por ello sino para conocer a Jesús, que al fin y al cabo es lo único que importa.

Cantaron y bailaron, más o menos todos siguieron el ritmo aunque costó al principio. Desde el altar guiaban los pasos o por lo menos le ponían onda, cosa que también ayudó a movilizar a la gente.

¡Entre canto y canto, rezo!

¡Entre canto y baile, rezo!

¡Entre canto y canto, rezo en una lengua diferente!

Sí, lectores, los entiendo. Quieren saber qué decían. Pues lamentablemente no lo sé.

De pronto el sacerdote y la mujer que cantaba empezaron a rezar en una lengua extraña. No era castellano, menos guaraní. No puedo decirles con exactitud. Supongo era la lengua de Jesús, pero no lo sé. Supongo que fue esa, sinceramente es lo que menos importa, ¿no? Aunque puedo asegurar que fue un factor decisivo para todo el desenlace. Resultó que

las mujeres mayores que se ubicaron en el coro comenzaron a moverse, colocándose entre la gente simultáneamente desde que empezó lo anterior.

¿Adivinen? Sí, las mujeres esas eran intercesoras al igual que el hombre y la mujer un poco más joven que las acompañaban, y también una pareja de ancianos de la capilla que los ayudaban.

¡Los intercesores estaban entrando en acción!

Se escuchó un grito, y luego otro grito que venía del mismo lugar. De pronto todos estábamos mirando allí. Era una mujer la que los hacía de un momento a otro. Las intercesoras se acercaban a la mujer. Sin embargo, ya no era la mujer, era otra cosa. Era una cosa que le tenía temor a Jesús y por eso gritaba. Gritaba de pavor por el terror a la gracia divina.

Esa cosa que estaba manifestándose en el cuerpo de la mujer e intentaba no salir de allí, no soportaba la presencia de Jesús. Quiso escapar de los intercesores. El sacerdote al ver esto, muy tranquilo bajó del altar, se acercó a la mujer, le tocó la frente. Supongo que seguramente le hizo la señal de la cruz y expresó alguna oración o fórmula pidiendo a Dios por su

liberación. Esa cosa se resistió y gritó más fuerte, hasta que quedó tendida en el suelo, desmayada. El sacerdote continuó tranquilamente con la misa y subió nuevamente al altar.

Parece de película, ¿no? Nunca mejor dicho: increíble pero real.

¿Miedo? Tal vez un poco al principio, pero les puedo asegurar que desapareció al saber que Jesús estaba allí ese día, más que nunca, protegiéndonos a todos incluyendo a esa mujer cuyo cuerpo estaba en el piso.

De pronto todos teníamos las manos clamando a Dios, pidiendo que bajara a nosotros el Espíritu Santo y sus dones, clamando que mirara nuestra fe, poquita o mucha, pero fe al fin y al cabo.

Esa cosa en el cuerpo de la mujer se volvió a parar y ella gritaba de pavor. El sacerdote con la misma actitud tuvo que volver a bajar del altar, pero esta vez la cosa intentó escapar. Sin embargo, fue más fuerte el clamor de Dios. Las manos de todos pedían sinceramente por el Espíritu Santo con fe. Estas no dejaron que la cosa escape. Con cada imposición de manos, desde lejos, de cualquiera de los que estaba ahí, fue haciendo que la cosa cayera al piso y una vez ahí se revolcó

como una serpiente condenada a arrastrarse.

Todo continuó normalmente, hasta que de pronto la cantante empezó a nombrar diferentes enfermedades. Esta fue la forma como Jesús estaba concediendo gracias especiales para curarlas. Yo sentí cómo la gracia estaba bajando. En realidad, todos pudimos sentir lo mismo.

Una gracia tras otra, una y otra vez. Fue un momento increíble. Mientras tanto en el lugar ese donde suele estar el sagrario, había una especie de imagen, como un espejo donde por lo menos yo vi el reflejo de la sombra de la cabeza de un hombre.

Se sentía cómo la gracia caía por todos lados, de aquí para allá. Fue un momento emocionante. Sin embargo, lo que también ocurrió fue que en una de las bancas que estaba ubicada a la derecha, segunda fila, otra vez ocurrió lo mismo que había sucedido con la primera mujer: otras dos con algo en ellas que se estaba manifestando. Por momentos dejaron de ser ellas, pero en otros instantes volvían. Parecía extraño pero si se las miraba con atención podía verse el momento exacto en el que se perdían y eso que tenían dentro las apresaba. Sus ojos las delataron: corrían como las fieras salvajes a

punto de ser capturadas. Esos ojos se corrían y se corrían pero volvían y actuaban como si nada hubiera pasado. Esa cosa intentó mantenerse oculta. Sin embargo, cuando Dios dispone una corriente de liberación no existe poder que pueda contra él.

Trascurrió el tiempo y continuaron normalmente las diferentes partes de la misa, hasta que llegó el momento quizás más importante: la hora de comulgar, sublime regalo el que nos ha dejado Jesús.

Pude notar como esa cosa no dejó comulgar a quienes la tenían dentro e incluso esto era una obviedad pues hacerlo sería su fin, lo que me hizo pensar en la importancia de este sacramento.

Yo sé más que ustedes, lectores, lo difícil que es sentirse digno de poder recibir al Señor en cuerpo y alma, pero la cuestión está en saber que es él quién nos llama. La cuestión no está en nosotros, pobres pecadores. Tal vez jamás seamos dignos de él, pero eso es lo que menos importa. Lo único que nos debe dar temor es no acercarnos a él.

Llegó el final. El sacerdote despidió a la gente con un saludo e invitó a quienes querían quedarse a recibir una ora-

ción personal de sanación.

¡Y ahora qué hacemos! La fila para recibirla se tornó enorme. Se podía observar cómo una anciana al llegar su turno cayó desvanecida, pero fue diferente con ella, no parecía haber tenido esa cosa dentro suya sino por el contrario, parecía haber recibido una gracia muy fuerte. Quizás sanó.

Pude divisar a lo lejos cómo aquella primera mujer ya estaba liberada. Claramente pensé lo que cualquiera en mi lugar pensaría: ¡otra vez va a haber disturbios! Pero contrariamente, caminó, llegó al lugar, recibió su oración y salió ¡sana y salva de cualquier mal! Esa mujer ya estaba libre. ¡Dios la había salvado!

La fila siguió avanzando y le llegó el turno a otra de las mujeres que tenía esa cosa dentro. Ni bien empezaron a orar cayó al suelo y allí se revolcaba. Luego de un rato ya estaba ¡sana y salva de cualquier mal!

Continuó corriendo la fila y a medida que la gente iba pasando, la mujer que cantaba, relataba los males caídos sobre algunas personas y cómo la fuerza del amor de Dios los estaba rompiendo en ese momento.

Frente a mí estaba una mujer de cabello rojo de aproxi-

madamente cincuenta años. Recuerdo perfectamente cómo en el momento que dio un paso para acercarse a recibir la oración, la mujer que cantaba relató que sobre su linaje había caído un maleficio que hacía que quedaran solteras las mujeres de su familia. Era escalofriante. Sin embargo, el acto de entrega de esta mujer al participar de esta misa cambió la historia de las mujeres de su familia, lo que me hace recordar cómo los llamados siempre están, solo hay que saber escucharlos pues la misericordia es inmensa para los hijos.

¡Por fin! ¡Llegó mi turno! Aunque poco importa porque esta historia no gira en torno a mí. Lo que puedo decir es que me fue bien, como a todos en realidad.

Jesús ganó. Él siempre gana.

Valeria Nuñez



Ilustración: Evelyn Cáceres

Valeria Soledad Nuñez: Estudiante. Escribe desde hace años todo tipo de relatos que generalmente están basados en las observaciones que realiza de las cosas, historias que mezclan la fantasía con la realidad, fiel creyente de que los formoseños tienen miles de historias para contar.

Evelyn Cáceres: Nació en Formosa Capital en el año 2001, cursó sus estudios primarios en la Escuela N° 435 “María Eva Duarte de Perón” y sus estudios secundarios en el Instituto Superior de Formación Docente “Félix Atilio Cabrera”, la vocación docente hizo que descubriera su pasión por el arte y que durante su adolescencia la llevaran a frecuentar espacios culturales independientes donde incursionó en distintas disciplinas como el dibujo, la música y el circo. Actualmente cursa el Profesorado en Artes Visuales en el Instituto Superior de Arte “Oscar Alberto Albertazzi”, durante la carrera participó en el concurso para estudiantes de artes Premio Desafío “Hierros Líder” en la Bienal del Chaco 2022, participó en un Encuentro de Muralistas en la Ciudad de Formosa y se encuentra activa en un curso de arte urbano y muralismo dictado por el muralista Alfredo Palacio.

LA VIDA TAMPOCO

—¡Avanzad! Tú, pequeño, ¡salta más largo! ¡Los demás, esperad! ¡Vosotros habéis venido aquí con un propósito!

La manera en que hablaban era rara, un poco arcaica quizás para nosotros, pero los entendíamos. Éramos casi el reflejo de ellos, simplemente con distinto color.

En este mundo plano, siempre estamos un poco apretados, pero dispuestos a dar todo para llegar al final y no ser atrapados. Lo único que podemos hacer es jugar. Como en la vida. Movernos, saltar, quedarnos quietos. Disfrutar cada momento.

—¡Saltad por ahí y esperad! ¡Amenazadlos y cuando podáis, derribadlos!

Sabíamos que ellos tenían los mismos miedos que nosotros, las mismas oportunidades y se movían de la misma manera. Sus gritos eran tan fuertes como el nuestro.

La primera vez que me sacaron, me quedé quieto, inmóvil casi desde la esquina, desde el lugar que me asignaron. Era un espectador más, mirando cómo los demás avanzaban a paso firme, cómo saltaban por encima de sus amigos y enemi-

gos y cómo a más de uno lo tiraban al suelo. Quedé hipnotizado por tanta gracia en los movimientos y a la vez por tanta crueldad simulada. Nadie me eligió para que avanzara y creo que fue lo mejor.

Fue entonces cuando la vi. Radiante, blanca, grácil, bella, con sutileza iba derribando todo cuanto podía. Sus movimientos eran como los de una gran bailarina de ballet en *El Lago de los Cisnes*, con unos saltos imposibles. Fascinado, la miré una y otra vez.

Se sentía inalcanzable, lejana. Su belleza incalculable. Su habilidad insuperable.

Se paró frente a mí, a unos cuantos saltos de distancia. Me temblaba todo el cuerpo. Quise decir unas palabras, pero no pude. Quedé helado, sin voz.

Creí que me derribaría. Quería que me derribara, tan solo para sentir cómo nos rozábamos por un instante. Me miró, sonrió y se fue. En ese momento sentí que este mundo me quedaba chico, que podía tocar el cielo y que nada podría arruinar este maravilloso día. Era el verdadero Scachs d'amor de 1475.

—¡Protegedlo! ¡Que nada, ni nadie lo toque! —gritaban

ferozmente.

Los saltos y avances siguieron por un buen tiempo. No sé por cuánto. Quizás fueron segundos u horas. Simplemente, perdí la noción del tiempo. Es que verla moverse, era algo imposible de ignorar.

Al final, quedábamos pocos. Ella, en el centro como una estatua, inmóvil, vigilante, como sabiendo que todo terminaría en poco tiempo. Yo sólo atiné a mirar a mi alrededor. Habíamos perdido. Nos tomaron por sorpresa. Cayeron los mejores de nosotros. Y a pesar de todo esto, sólo pensaba en ella.

Nos devolvieron al lugar del que habíamos salido. Caí al fondo, en una alfombra de terciopelo rojo. Sabía que estaría ahí por un buen tiempo. En la oscuridad hasta la próxima vez.

Esto se repitió varias veces. Salíamos, jugábamos y regresábamos.

Con el tiempo nos hicimos amigos y siempre que caíamos cerca, hablábamos. Hablábamos de los temas más variados: el amor, la pasión, la suerte, la muerte, la vida.

Una noche de abril, luego de un juego, nos guardaron de nuevo y nos taparon con el terciopelo rojo. Ella cayó cerca, frente a mí. Nos miramos e intercambiamos estas pocas palabras.

—Jugaste bien. Te moviste precisa y ágilmente —le dije.

—Tú también has jugado bien. El que no te hayas movido no significa que lo hiciste mal.

Es que no me había movido. Pero sus palabras me gustaron y tratando de acortar la distancia entre nosotros, como queriendo sacarle algunas palabras más, le dije:

—El amor, a veces nos inmoviliza, como me pasó a mí en este juego.

—Así es —respondió ella—. El amor nos mueve, nos fortalece y a la vez es nuestra debilidad. Hacemos muchas cosas por amor, cosas impensadas, cosas locas. A todos nos llega el amor, en algún momento.

—Por suerte el amor no hace distinción entre un peón como yo y una dama como vos.

Miró hacia arriba como analizando el terciopelo que nos cubría, suspiró profundamente y con toda esa sabiduría que la caracterizaba, me contestó:

—La vida tampoco, mi joven amigo negro. La vida tampoco. Porque al final, como en este juego, todos vamos a parar a la misma caja.

Rolando Martínez



Ilustración: Ivonne Osorio

Rolando Ramón Martínez: Profesor en Matemática. Nació en la localidad de El Colorado, el 7 de agosto de 1975. Cursó sus estudios primarios y secundarios en dicha localidad y a los diecisiete años se trasladó como muchos formoseños a la Capital, para continuar sus estudios universitarios. Estudió Profesorado en Matemática y a los veintiún años comenzó su carrera docente como profesor en la EPES N° 11 y en el ISFDyT “Víctor Manuel Almenara” de la localidad de Mayor Villafañe. Actualmente, comparte su tiempo entre sus múltiples hobbies tales como la matemática (su primera pasión), la fotografía (su segunda pasión y de la cual ha hecho su segundo trabajo), el ajedrez y la música.

Ivonne Osorio: Profesora de Artes Visuales, egresada del Instituto Superior de Arte “Oscar Alberto Albertazzi”. Dedicada principalmente al dibujo y pintura con técnicas mixtas. Nacida en 1990 en la ciudad de Formosa, Argentina. Desde el año 2016 hasta el 2023 vivió en la ciudad de Pirané, donde participó de Encuentros de Muralistas, dictó talleres en la Dirección de Cultura de la Municipalidad. Estuvo a cargo del Taller de arte Infantil en el Centro Cultural “José María Lesbegueris”. Actualmente se desempeña como docente en una escuela secundaria.

ALEXIA

Pero qué humillación cuando alguien a mi lado oía el sonido de una flauta a lo lejos y yo no oía nada, o cuando alguien oía cantar a un pastor y yo tampoco oía nada. Tales situaciones me empujaban a la desesperación, y poco ha faltado para poner yo mismo fin a mi vida. Es el arte, y sólo él, el que me ha salvado. ¡Ah!, me parecía imposible dejar el mundo antes de haber dado todo lo que sentía terminar en mí, y así he prolongado esta vida miserable, verdaderamente miserable, con un cuerpo tan sensible al que todo cambio un poco brusco puede hacer pasar del mejor al peor estado de salud. Paciencia, es todo lo que me debe guiar ahora, y así lo hago. Espero mantenerme en mi resolución de esperar hasta que le plazca a la Parca cruel romper el hielo. Quizá me fuese mejor; quizá no; pero soy valiente.

Testamento de Heiligenstadt, L. Van Beethoven

Javier era una persona tranquila, de gustos simples, amante de la música. Desde muy chico mostró inclinación al violín y sus padres pudieron pagarle clases particulares. La música era su escape de este mundo. Ejecutaba con gran sol-

tura las obras clásicas de grandes compositores como Tchaikovsky y Mozart. Pero no solo la música lo apasionaba. También sentía un gran atractivo por la vida de los compositores cuyas músicas interpretaba. Había investigado todos los detalles de sus máximos ídolos: la sordera de Beethoven, la pobreza de los últimos días de Mozart, la creciente ceguera de Bach.

Su otro gran amor era la hermosa Alexia, su novia desde hacía unos cinco años. Si bien la relación no andaba en sus mejores momentos, él sentía un amor profundo por ella. Tal amor no podía quedar en la nada, por lo que una noche de verano decidió ir a su casa y llevarle un hermoso anillo de compromiso. Estaba dispuesto a dar ese gran paso, pedirle matrimonio y vivir una vida juntos.

Se puso su mejor traje, uno azul oscuro que nunca había usado. Una camisa blanca con detalles y una corbata roja para contrastar. Manejó unos diez minutos hasta llegar a la casa de Alexia. No vivían tan lejos.

La noche no terminó bien. Ella le dijo que no a esa propuesta. Los motivos no interesan. Lo importante es que Javier, salió de la casa con el corazón roto. Las expectativas que tenía, las llevaba por el suelo. La ilusión de un sí se con-

virtió en una pesada carga en sus hombros. Solo quería llegar a su casa. Estar solo, pensar en lo que había pasado.

Estacionó su auto en la calle, entró como pudo y solo atinó a abrir la heladera y beber todo lo que contenía alcohol. Es que la decepción había tocado a su puerta, lo ahogaba en cada respiro, le estrujaba el corazón, le desangraba el alma. Quería olvidar el momento. Quizás la música hubiese sido un buen escape para el momento que estaba pasando.

Se dirigió a una de las habitaciones de su casa. Tamba-
leante por el alcohol, buscaba algo que no podía encontrar:

—¿Dónde está? Lo había dejado aquí.

Revolvió todo a su paso. La habitación la puso patas para arriba.

—Acá está. ¿Estará lleno? —dijo mientras lo revisaba minuciosamente.

Se sentó en un sillón en la sala, cerró los ojos y se durmió.

—¡Auch! Mi cabeza... —había despertado en el piso. No sabía cuánto tiempo había pasado. Lo único que se sentía real era su dolor de cabeza. Quizás su migraña lo atacó de nuevo o quizás fue el alcohol que bebió con exceso. Sabía que había

tomado mucho. No podía mover las manos, ni los pies.

No quería levantarse del piso, a pesar de no poder moverse, estaba cómodo. Desde allí abajo podía ver la tenue luz del candelabro que colgaba del techo de madera. Recordó a Alexia y la mala noche que había pasado. Una lágrima se le escapó de sus ojos y su corazón apesadumbrado ya no dolió.

Pensó en todas esas palabras que no le dijo, en todas esas caricias que no le dio, en todo ese tiempo que perdió, su corazón ya no dolía tanto, su cabeza aún no le dejaba de doler.

La tristeza comenzó a invadirle. No sabía por qué.

Luego de un tiempo meditando en el piso de la sala, empezó a mover sus dedos, como tratando de ejecutar el violín que tan majestuosamente lo hacía, luego sus manos, luego sus pies. Y poco a poco, pudo moverse. Se sentó. Miró hacia un lado de la habitación y todo estaba en orden.

Una luz intensa comenzó a alumbrar desde atrás de la puerta de la sala. Curioso, pero sin una pizca de miedo, se levantó del piso con sus ojos fijos en la puerta.

—¿Será un incendio? —pensó.

Dio tres pasos hacia ella y la abrió. No quiso mirar atrás. Todo había desaparecido.

Al día siguiente, la policía encontró el cuerpo de Javier, sentado en el sillón de la sala con la cabeza destrozada. En una mano todavía sostenía la cajita con el anillo de compromiso que había comprado para Alexia. En la otra mano, el revólver con el que se había disparado.

Rolando Martínez

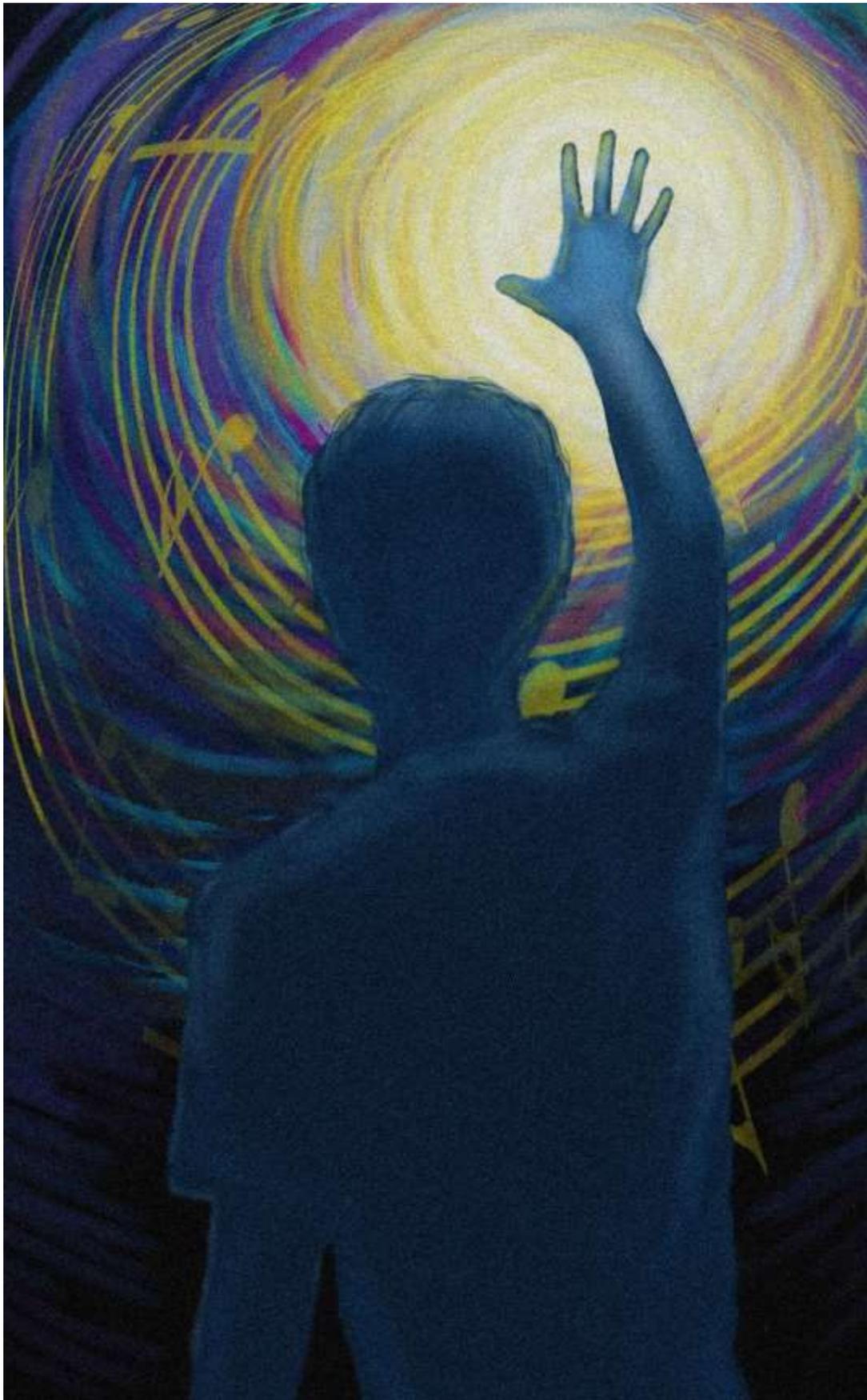


Ilustración: Daiana Ruiz Diaz

Daiana Ruiz Diaz: Artista plástica Nacida en Formosa el 14 de septiembre de 1994. Estudió el Profesorado de Artes Visuales en el Instituto Oscar Alberto Albertazzi, egresada en el 2016. Formó parte del Área de muralistas dependiente de la Subsecretaría de Cultura. Participó en diferentes encuentros provinciales, nacionales e internacionales de muralismo. Recientemente participó en varios proyectos audiovisuales en los roles de dirección de arte y fotografía.

En el año 2022 egresó de técnica en diseño imagen sonido y multimedia.

VUELA ALTO CICADIDAE

Cicadidae se despertó de un largo sueño. Uno que duró como ocho años, pero que en estos últimos días se había convertido en pesadillas. En todo este último tiempo había soñado con grandes criaturas que se llevaban los árboles. Se sintió tan real, que hasta podía escuchar los rugidos que salían de la boca de esas grandes bestias.

Todo estaba oscuro, pero sentía que debía salir de allí y ver la luz. Era un deseo extraño que la impulsaba a subir. Con un poco de esfuerzo, lo hizo y salió de abajo de la tierra. El sol le dio de lleno con una luz que le cegaba. Estaba contenta, ya no tendría más oscuridad ni pesadillas. Cerró sus ojos, respiró profundamente y quiso quedarse un ratito más allí, sintiendo ese calorcito que le pegaba en la cara. Estiró sus brazos y patas, pero no pudo hacer lo mismo con sus alas. No se preocupó. Sabía que en algún momento podría estirarlas todo lo que quisiera.

Una anciana hormiga que pasaba por ahí, vio como Cicadidae había salido de abajo de la tierra y muy curiosa ella, se acercó a ver qué o quién era. —¡Vaya! —dijo en voz alta Cicadidae y muy sorprendida mientras miraba a su alrededor—. Esto

no estaba así. No es así como lo recuerdo cuando caí a la tierra.

Al escucharla, la hormiga le dijo:

—Desde que tengo memoria, este lugar es así. Quizás con un poco menos de árboles. Bueno, unos cuántos árboles menos.

—Hace ocho años, cuando yo era pequeña y caí justo de aquella rama, recuerdo que había muchos árboles como este. Era un lugar con más vida de la que hay ahora. Con muchos pajaritos, mariposas, flores, frutos y hormigas. ¿Será que mis sueños no eran sueños?

—¿Sueños? —preguntó la hormiga—. Tuviste mucho tiempo para soñar allí abajo. Pero, ¿qué soñabas?

—Soñé con grandes bestias, criaturas extrañas que se llevaban los árboles, cortándolos, arrancándolos y haciendo unos rugidos fuertes y escalofriantes que hasta parecían tan reales.

—Es que justamente, eso fue lo que pasó aquí. Desde hace un tiempo, unas grandes bestias, vinieron y comieron muchos de los árboles. Se llevaron los troncos y ramas dejando a la tierra desnuda.

Cicadidae, con una cara triste, miró a su alrededor y vio cómo todo lo que había soñado eran en realidad momentos que ella había sentido estando allí abajo. Es que bajo la tierra, el

ruido parecía más fuerte y comprendió el porqué de sus pesadillas.

Miró el árbol del que había caído y le dijo a la hormiga:

—Este árbol se salvó. ¿Por qué?

—No —le dijo la hormiga, acariciando una de sus raíces que emergían cerca—. Este árbol no se salvó. Es que mañana, es posible que vengan y se lo lleven. Pobres mis amigos los pajaritos. Tienen tres hijitos que todavía no vuelan. ¡Qué será de ellos!

—¡Debemos impedirlo! —dijo Cicadidae con un tono fuerte como el de un caballero que está dispuesto a luchar contra el dragón.

—Ya lo hemos intentado, pero no pudimos hacer nada. Solo nos queda huir o seguir viviendo aquí como podemos. Nosotros podemos seguir viviendo bajo la tierra. Pero vos, ¿podrás?

—No —contestó Cicadidae con una angustia—. Mi tiempo bajo la tierra ya pasó. Tengo que subir a este árbol y cambiarme de ropa. Esperar toda esta noche y mañana, salir volando con mis alas.

—Pero debes darte prisa, hoy no están, pero mañana volverán por este árbol.

—¿Cómo es posible que existan esas criaturas? —replicó Cicadidae preocupada.

—Es que este mundo es muy, pero muy grande. He vivido lo suficiente para darme cuenta de lo pequeño que somos. Pero no te preocupes. Tus alas te llevarán lejos. No dejes de intentarlo.

Cicadidae, con una fuerza que nacía desde su interior, empezó a subir por el tronco, pasito a pasito. Debía llegar lo más alto posible y permanecer hasta el otro día, mientras mudaba su caparazón color café y desplegaba sus alas.

—¡Chau, amiguita! —gritó desde abajo la hormiga— ¡Que tengas mucha suerte! ¡Y vuela alto y lejos de aquí! Recuerda que somos pequeños en un mundo muy pero muy grande.

Esas palabras le dieron más fuerza para seguir subiendo por el árbol. Las flores estaban bonitas, desplegando un aroma encantador, mostrando unos colores rojizos que nunca había imaginado y con formas tan extrañas que parecía que cada una de ellas tenía vida propia. Sin embargo, sabía que no debía detenerse a contemplar tal belleza. No tenía tiempo. Se apresuró y subió todo el día, hasta que la noche cayó, con una gran luna llena, que iluminaba todo con sus rayos blancos, acompañada de muchas estrellas en un cielo limpio y sin nubes.

A solo unos pocos metros del suelo, sintió que era un buen lugar para descansar, mudar su piel y esperar a que sus alas se secaran, para poder volar.

La noche pasó y al día siguiente las primeras luces del alba despuntaron. Miró su piel cambiada, sus alas secas, pero con pocas fuerzas. Sonrió por un instante, porque sabía que con ellas podría llegar a lugares lejanos. Luego preocupada, intentó moverlas. Es que era la primera vez que las tenía y si bien nadie le enseñó a usarlas, sabía cómo hacerlo.

En ese momento, escuchó un estruendo a lo lejos. Vio a los monstruos de sus sueños que avanzaban con el mismo sonido ensordecedor con el que había soñado una y otra vez estando bajo tierra.

Intentó mover sus alas con todas sus fuerzas. Saltó de una rama, pero cayó abruptamente prendiéndose de otra rama más pequeña que estaba debajo. No pudo ir lejos. Sabía que debía intentarlo nuevamente.

El ruido se hacía cada vez más fuerte y estas criaturas extrañas con sus grandes dientes afilados y sus patas redondas, se acercaban hasta que una de ellas alcanzó el árbol y de un sacudón lo tiró hacia el suelo. El estruendo la asustó, pero el movimiento del árbol le permitió saltar de la rama donde estaba

y con sus alas, ahora más fuertes, pudo volar por sobre el árbol y los monstruos de sus sueños.

Vio como ese ceibo caía. Vio como muchas flores volaban por el aire, danzando con el viento en una lluvia frenética de color rojo. Sintió mucho pesar por no poder hacer nada más que huir. Pudo escapar y mirando desde arriba, comprendió las palabras que le había dicho la hormiga.

En este gigantesco mundo, había cosas que ella no entendía. Cosas que no podría cambiar. Solo le quedaba adaptarse.

Voló como nunca lo había hecho. No era un sueño. Sabía que esos árboles ya no volverían y que por eso, debía irse tan lejos como pudiera. Encontrar un hogar, un nuevo árbol grande en el cual quedarse y poder cantarle al sol, a las flores y a la vida.

Rolando Martínez



Ilustración: Andrés Guillermo Bobadilla

Andrés Guillermo Bobadilla: Profesor en artes visuales, artista (escultor, pintor, muralista e ilustrador). Nació el 16 de julio en el año 1986 en la provincia de Formosa Capital, participó en encuentros muralistas, expuso obras escultóricas en el Salón Municipal, en el Paseo de las Artes, entre otros.

ÍNDICE

EL REY TESTARUDO	7
VIAJE EN BOLSA	15
QUIÉN	19
VILLA JARDÍN	23
EL FANTASMA DE LA ESCUELA NORMAL	31
LAS ALMITAS	37
PARAÍSO DEL TERROR	43
EL LÁPIZ	49
MISA DE SANACIÓN	75
LA VIDA TAMPOCO	91
ALEXIA	97
VUELA ALTO CICADIDAE	105

PRODUCCIÓN

Equipo del Plan de Lecturas Formosa

SELECCIÓN DE TEXTOS Y AUTORES

Equipo del Plan de Lecturas Formosa

Profesor Orlando Van Bredam

ILUSTRACIÓN

Artistas formoseños

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Imprenta Kromic - Gráfica Integral

Este libro se terminó de imprimir en los talleres gráficos
de Kromic Gráfica Integral.
Angel de Madariaga Nº 21 - Formosa - Argentina
en el mes de Noviembre de 2023

PRIMERA ANTOLOGÍA DEL PLAN DE LECTURAS

Esta primera antología surge de una convocatoria realizada por el Equipo del Plan de Lecturas de Formosa en el marco de las líneas de acción proyectadas desde la Coordinación Nacional y con el fin de estimular, reconocer y difundir la creación literaria de escritores locales, además de propiciar el crecimiento del acervo literario destinado al público juvenil.

Los títulos y autores seleccionados conforman una variedad de temáticas de género narrativo, una fusión de voces de nuevos autores que dicen, cuentan, pintan nuestra cultura local y otros mundos imaginarios a los que nos invitan a viajar.

Nuestros artistas visuales han plasmado cada historia desde sus estilos propios dando identidad y vida a las palabras a través de la imagen.

Los personajes, el tiempo y el espacio se hacen ficción para rescatar lo propio a través del arte, en una construcción que nos representa por medio de la creación e inclusión de escritores que presentan su obra y representan lo propio. Doce títulos componen y reflejan una sociedad, la nuestra, que llegará a los lectores desde distintos puntos de nuestra provincia.

MINISTERIO
DE CULTURA
Y EDUCACIÓN

TODOS
UNIDOS



GOBIERNO
DE FORMOSA